

pues de lo cual fué colocado en el trono el duque Andrés. Pero estaba este muy distante de aprobar los furores egercidos contra la verdadera Religion que profesaba sinceramente. Llamó á Alba Real en aquel mismo año de 1047 á tres obispos que se habian libertado de los efectos de la persecucion anterior, hizo que le pusiesen la corona que habia servido á San Esteban, y que despues todos sus sucesores se honraron en llevar, y luego prohibió, pena de la vida, á todos los húngaros las observancias del paganismo. Desde el reinado de este príncipe permaneció la Hungría fiel al cristianismo.

No causó menos desórdenes en Polonia el fuego de la discordia, que en Hungría el furor de los idólatras. Desde el año 1034 en que murió el rey Micislao, siendo demasiado jóven su hijo Casimiro para gobernar, y habiéndose hecho generalmente aborrecida la reina Rixa, hubo en aquel pais siete años de anarquía. Pensando todos los grandes en promover esclusivamente sus propios intereses, y tratando aun menos de la Religion que del bien del Estado, cayó esta en tal desprecio, que los obispos se veían precisados á ocultarse y se saqueaban á porfia las iglesias. Wratislao, duque de Bohemia, y muy enemigo de los polacos, penetró en lo interior del pais, sin embargo de que era cristiano, se apoderó de las mejores ciudades, con inclusion de Gnesne que era la capital: despojó la iglesia mayor que era sumamente rica, y entre otras cosas se llevó un crucifijo de oro de trescientas libras de peso, con tres mesas tambien de oro, esmaltadas de las piedras mas preciosas. Los obispos de Polonia recurrieron á Roma quejándose de estas violencias; pero ocupaba entonces la Santa Sede Benedicto IX, y los cardenales que tenían toda su confianza dieron muy buenas palabras á los infelices polacos, hallando en los regalos de

los bohemios escelentes razones para absolver á los culpables (1039) (1).

Cansados por último de esta funesta anarquía, resolvieron los polacos colocar en el trono al hijo de su último rey; pero habiendo huido este con su madre mucho tiempo habia, ignoraban ellos su paradero. Enviaron, pues, diputados á esta princesa, la cual sabian que estaba refugiada en Alemania, y les dijo que Casimiro habia pasado á Francia y habia tomado el hábito en el monasterio de Cluny. Con estos informes pasaron allá, y habiendo obtenido del abad Odilon el permiso de hablar al príncipe: «venimos, le dijeron, de parte de los grandes y de toda la nobleza de Polonia á suplicaros con el mayor encarecimiento que os compadezcáis de aquel reino deplorable, y vayais á poner término á sus escesivos males.» Respondió Casimiro que él no era dueño de sí mismo, y que dependia de tal modo de su abad, como acababan de verlo, que no habia podido hablarles sin su licencia. Dirigiéronse inmediatamente á San Odilon, el cual les dijo que no tenia facultades para acceder á su súplica, y que nadie sino el Papa podia hacer lo que pedian con respecto á un monge profeso y ordenado de diácono (2).

Fueron los diputados á Roma (1040), é hicieron á Benedicto IX una viva pintura de las calamidades de Polonia y de lo necesario que era Casimiro para la conservacion de la Religion y del reino. El caso era extraordinario y la dispensa no tenia todavia ningun ejemplar. Despues de consultarlo bien el Papa (dicen los historiadores de Polonia (3), los cuales escribieron con mucha posterioridad al suceso, y son los únicos garantes de un hecho tan extraño), accedió

(1) Dubrav. lib. 7, pag. 32.

(2) Longin. Annal. Polon. ad an. 1044.

(3) *ib.*

á la súplica, y no solo permitió al monge Casimiro que volviese al siglo, sino tambien que se casase, con la condicion de que cada noble polaco habia de pagar todos los años un dinero á la Santa Sede. Volvió efectivamente Casimiro á su patria, fué proclamado rey, y se casó con Maria, hermana del príncipe de Rusia, de la cual tuvo muchos hijos. Mostró siempre grande estimacion y afecto al orden de Cluny, y le estableció en Polonia.

Las virtudes que atraian á la vida monástica á estos prosélitos augustos desde unos paises tan distantes, no estaban concentradas en los limites del claustro. Los religiosos Odilon de Cluny y Ricardo de San Vannes fueron los principales instrumentos de que se valió Dios para reducir los pueblos numerosos del imperio francés á aquella suavidad de costumbres que no es menos favorable á la sociedad que gloriosa al Evangelio, y que vino á ser el objeto de la emulacion general en las demas naciones. El dique opuesto algunos años antes a torrente de las violencias y de las barbaries por medio del establecimiento de la paz de Dios, se habia formado con tanta precipitacion, que no era capaz de resistir á la fuerza de una costumbre inveterada. Se temió, pues, que nada se conseguiria exigiendo demasiado (1041), y se redujo esta paz al término de una tregua; es decir, que en vez de sujetar toda infraccion de la paz á las penas establecidas anteriormente, no se impusieron estas sino á los que las violaban en ciertos dias de la semana y en ciertos tiempos del año, y se limitó la cesacion de las hostilidades á los dias y tiempos en que se verificaron los misterios de nuestra salvacion (1). Así, desde el miércoles á la caida de la tarde hasta el lunes por la mañana; desde el primer domingo de adviento hasta despues de la octava de Epifania; desde el

primer domingo de Cuaresma hasta despues de la octava de Pascua; desde el domingo antes de la Ascension hasta despues de la octava de Pentecostés, y lo mismo en las vigiliias y en los dias de las festividades, asi de la Virgen como de los Santos á quienes se tributaba un culto solemne, se prohibió, como lo estaba antes, bajo las penas mas graves, acometer á su enemigo, ya fuese para hacerle algun daño, ó ya para apoderarse con mano armada de lo que él hubiese invadido (a).

(a) Tambien en España, dice un historiador, comenzó á establecerse esa misma tregua ó paz de Dios en el concilio llamado Helenense, celebrado el año 1027 en el condado de Rosellon y en un lugar llamado Prado de Tulujes, si bien en este sínodo solamente se trató de lo que pertenecia á dicho condado, y mandó observar la tregua desde el sábado despues de nona hasta el lunes por la mañana en todos los lugares, y todos los dias con respecto á los clérigos que anduviesen sin armas, y á cualquiera fiel que se dirigiese á la iglesia junto con su familia ó con alguna muger, estendiendo además el derecho de asilo de las iglesias hasta treinta pasos en derredor, y por último, confirmando los decretos de los anteriores sínodos de la misma provincia. Puede verse el tomo 3 de Aguirre, página 197. Otro sínodo se celebró en el año 1032 en el monasterio de Ripoll en la diócesis de Ausona ó Vique, para la consagracion de la iglesia de dicho monasterio, reedificada nuevamente por el obispo de aquella ciudad, y con el mismo motivo se tuvo en 1038 una asamblea en Gerona, donde consagraron la nueva iglesia que la condesa de Barcelona Ermesinda y su hermano Pedro, obispo de Gerona, habian levantado y dotado con grandes posesiones para que se estableciese en ella la vida canónica; es decir, una congregacion ó comunidad de canónigos regulares. Asimismo en 1040 se dedicó la nueva iglesia de Urgel: en una palabra, donde quiera que los templos ó monasterios habian sido arruinados por los sarracenos, se iban restableciendo, y muchos de ellos con mayor magnificencia, siendo escusado añadir que para hacer la dedicacion de esas iglesias se juntaban ordinariamente los obispos de la provincia y aprovechaban esta ocasion para acordar disposiciones encaminadas á la reforma de las costumbres y á hacer reinar la paz y la religion.

Por este mismo tiempo murió San Gregorio Ostiense á quien el Papa Benedicto IX habia enviado á Navarra para libertar este reino de la cruel plaga de la langosta y predicar al mismo tiempo la divina palabra, como lo hizo con gran fruto, refiriéndose además muchos milagros que por su intercesion hizo el Señor. Discípulo de este Santo fué Santo Domingo de la Calzada, quien al lado de tal maestro hizo admirables progresos en la virtud. Por último, despues de haber trabajado con infatigable celo en la Navarra y Rioja y logrado grande reforma en las costumbres de los pueblos, murió S. Gregorio de Ostia el 9 de mayo de 1044, siendo enterrado en BARRUEZA. V. Ferreras, p. 5, s. XI. (N. del E.)

(1) Tom. 9 Conciliar. pag. 913; Glab. lib. 5, cap. 1.

Entretanto, San Odilon y el beato Ricardo, emplearon todo el ascendiente de su santidad y de su genio superior para que volviesen á florecer las virtudes sociales juntamente con las cristianas. Las turbulencias causadas en Normandía con motivo de la menor edad del duque Guillermo, llamado despues el Conquistador, no permitieron que tuviese efecto la tregua en aquella provincia. Pasó Ricardo á predicar á sus habitantes, y al principio fué muy corto el fruto de sus tareas apostólicas, pero parece que quiso Dios vengarle de semejante indocilidad, porque toda la provincia fué afligida con una enfermedad pestilencial, á que se dió el nombre de *mal de los ardientes* (era un fuego que devoraba las entrañas), y los que llegaban á padecerla, creían que no podían hallar su remedio sino en el santo orador á quien habían despreciado (1). Recibíalos este con afabilidad, hacia que jurasen la observancia de la tregua, y luego les daba á beber de un vino en que había puesto ciertas reliquias. De este modo curó una multitud de enfermos, no solo de Normandía sino tambien de otras muchas provincias á donde se había estendido el contagio. Era tan numerosa y continúa la concurrencia de los que iban á buscar su curacion, que había siempre un vaso lleno de aquel vino para que pudiesen beber á cualquiera hora que llegasen. Habiendo muerto Ramberio, obispo de Verdun, quiso el emperador dar este obispado al abad Ricardo; pero él se negó constantemente á admitirle, y murió algunos años despues (1045) en una edad muy avanzada con gran reputacion de santidad. Se citan algunos milagros que hizo aún antes de su fallecimiento.

Tampoco quiso admitir San Odilon el ar-

(1) Hug. Flav. pag. 187.

zobispado de Lyon (1025), tan codiciado entonces por una multitud de ambiciosos, no habiendo sido capaces de moverle las inquietudes de aquella iglesia, á la que aspiraban tantos pretendientes indignos, ni las instancias de los fieles, ni las amenazas del Sumo Pontífice, al cual estaba tan subordinado en todo lo demas. Si no se le obligó á aceptar fué por las reflexiones que con motivo de su constancia se hicieron sobre la utilidad inapreciable que de la conducta y virtudes de Odilon resultaba á todo el orden monástico. La dulzura de su carácter contribuía particularmente á dar una eficacia muy singular á su celo. Solo era inexorable con aquellas pestes de las comunidades que siembran la cizaña entre los hermanos, y que él espulsaba irremisiblemente; pero en cuanto á las demas faltas siempre se mostraba dispuesto á perdonar. Solía decir, que en caso de haber de ser reprendido por el Juez Supremo, queria serlo mas bien por un exceso de bondad que de rigor. Sin embargo, cuidaba de que se observase puntualmente la regla, haciendo que la amasen los monges, y usando mas bien de la bondad de un padre, ó por mejor decir, de la ternura de una madre, que del imperio de un abad. Parecía que le había formado la gracia para hacer generalmente amable la virtud á todos los hombres que tenían alguna relacion con él. La sencillez que le era natural, la franqueza de su conducta, la ingenuidad de sus discursos, su estremada condescendencia, la cual, cuando era necesario, se prestaba á la diversion y al recreo y á todo lo que no podia ofender á la decencia; un exterior lleno de gracia y de nobleza, sin embargo de que su estatura era mediana, la blancura de su cabello, la viveza de sus ojos, una voz animada é insinuante, y los demas rasgos con que le pinta un discípulo suyo, le hacían amar y respetar de toda clase de personas. Por sus cartas y por sus respues-

tas se ve en cuánto aprecio le tenían los mayores príncipes de su tiempo.

Además de las cartas que escribió, tenemos de él la vida de su predecesor San Mayeul, la de la emperatriz Santa Adelaida, y muchos sermones sobre los misterios de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen, á la cual profesaba una devocion muy particular. Procuró agradarla especialmente con el amor á la pureza, y cuidó siempre con tanto esmero de la conservacion de esta virtud en toda su integridad, que hasta la edad de ochenta y ocho años en que murió, mostró siempre el pudor y recato propio de una tímida doncella; de suerte que le llamaban la virgen de cien años. Acabó sus dias ejerciendo su celo infatigable en la visita del monasterio de Souvigni, el dia 1.º del año 1049, y el cincuenta y cinco de su gobierno. No quiso designar su sucesor, temiendo que llegase á adquirir fuerza de ley esta costumbre observada desde la fundacion de la órden, y así despues de su muerte se eligió á Hugo, prior de Cluny, de edad de veinte y cinco años, pero de una virtud que le hizo ser colocado tambien en el número de los Santos.

Se debe á San Odilon el establecimiento de la devocion que se solemniza por todos los difuntos el dia siguiente á la fiesta de Todos-Santos, y se cree que le movió á ello un santo ermitaño que vivía retirado en un islote inmediato á las costas de Sicilia. Habiendo sido arrojado á este peñasco un peregrino francés que volvía de Jerusalem, fué á visitar al ermitaño, el cual le preguntó si tenía noticia del monasterio de Cluny y si conocía al abad Odilon. «En efecto, respondió el peregrino, no me es desconocido uno ni otro, y me glorío de ello. ¿Pero por dónde habeis tenido noticia del monasterio y del abad, y por qué me haceis esta pregunta?» — «Oigo muchas veces, replicó el solitario, á los espíritus

malignos quejarse de las personas piadosas que con sus oraciones y limosnas libran á las almas de las penas que padecen en la otra vida; pero el principal objeto de sus quejas son Odilon y sus religiosos. Te pido, pues, en nombre de Dios que cuando llegues á tu patria, exhortes á este santo abad y á sus monges á que redoblen sus buenas obras á favor de aquellas pobres almas (1).» Desempeñó el peregrino su encargo, y en cumplimiento de él mandó Odilon que en todos los monasterios de su instituto se celebrase todos los años, el dia siguiente á la fiesta de Todos-Santos, la conmemoracion de los fieles difuntos, cantando la tarde anterior las vísperas propias de esta funcion, con maitines y misa solemne al dia siguiente, y tocando todas las campanas. Se conserva todavia el decreto que se formó en Cluny, así para este monasterio como para todos los que dependían de él. No tardó en comunicarse á otras iglesias una práctica tan piadosa, y despues de algun tiempo fué adoptada por todo el mundo católico.

Mientras que el Evangelio y la simplicidad de la fé iban suavizando de dia en dia las costumbres de los occidentales, y hacían que tomasen interés por la suerte de sus hermanos difuntos, se despedazaban los griegos unos á otros aun en el mismo trono, y parecía que miraban con el último desprecio las costumbres y la piedad, el Estado y la Religion. Romano Argirópilo no pensaba mas que en gozar pacíficamente del imperio á que había subido por un adulterio, cuando fué arrojado de él por un nuevo adulterio, manchado además con el crimen del parricidio. La emperatriz Zoe, por la que había abandonado una digna esposa, se enamoró de un paffagon, llamado Miguel, cambiante de letras y monedero falso, pero

(1) Vit. S. Odil. cap. 13; Glab. lib. 5 hist. cap. 1.

hombre de bella presencia y hermano del eunuco Juan, que poseía toda la confianza de Argirópilo. Después de haberse entregado secretamente Zoe á este miserable, se valió de su hermano el eunuco para dar al emperador un veneno lento que le causó una enfermedad de larga duración, acompañada de crueles dolores. Mas al observar que tardaba demasiado en morir, mandó que le ahogasen en el baño el jueves Santo, día 11 de abril de 1034 (1).

Aquella misma noche, mientras cantaban la Pasión, dijeron al patriarca Alejo de parte del emperador que corriese al punto á palacio. Habían preparado la habitación dorada, y estando sentada Zoe en el trono, presentó esta á Miguel al patriarca, exigiéndole que les concediese la bendición nupcial. Hizo vacilar al patriarca el primer movimiento de horror; pero quedaron allanadas todas las dificultades con darle cincuenta libras de oro y otra tanta cantidad á su clero. Celebraron pues el matrimonio, y declararon emperador á Miguel de Paflagonia, el cual cayó poco después en un estado de demencia, que parecía una verdadera posesión del espíritu maligno, y la atribuyeron á la divina venganza. Ocurrió una larga sequía que dió motivo para temer una esterilidad total. No buscaron empero el fin de estos males en la reparación de los crímenes que reputaban causa de ellos, y se contentaban aquellos despreciables hipócritas con las meras exterioridades de Religión. Miguel tenía muchos hermanos, á quienes el eunuco Juan había concedido los principales empleos de la corte. Dispusieron, pues, una procesion en que cada uno de ellos debía representar su papel. Juan llevaba la santa imagen de Edesa, el mayordomo mayor la carta de Jesucristo á Abgar, y el protovestuario la sábana Santa. Vióse tam-

(1) Cedr. pag. 733.

bien en público el patriarca con su clero; pero en vez de la lluvia que pedían, cayó un pedrisco tan fuerte que rompió los techos, destrozó los árboles y disipó las pocas esperanzas que dejaba la sequía.

El eunuco Juan, que era mas emperador que Miguel, quiso también ser patriarca, y hubo muchos metropolitanos que no tuvieron dificultad en condescender con sus deseos. Pero el patriarca Alejo, que no había hallado recursos para hacer observar la ley divina, los encontró para lo que le interesaba personalmente, y entregó á los prelados que le eran contrarios un escrito concebido en estos términos: «supuesto que pretendéis que no fué canónica mi entrada al pontificado, es necesario deponer al mismo tiempo á los obispos á quienes he conferido la consagración en el discurso de once años de episcopado: entonces cederé la Silla al que quiera sentarse en ella.» Leída esta declaración, los prelados intrigantes, á quienes había consagrado en gran número Alejo, temieron perder su propia dignidad y no osaron llevar á cabo sus ideas, con lo que se vió obligado Juan á ceder de su empeño (1037).

El año siguiente quejóse al emperador el clero de Tesalónica, diciendo que el arzobispo Teófanos no les suministraba las retribuciones anuales. Miguel, que en medio de su demencia lograba algunos lucidos intervalos, le exhortó al principio con prudencia y suavidad á que las pagase, mas negóse á obedecer el avaro metropolitano. Disimuló Miguel, dejando que transcurriese algun tiempo sin hablar palabra, y después envió á pedirle cien libras de oro prestadas hasta que cobrase ciertos derechos que le debían. Protestó el arzobispo en nombre de Dios, que no tenía mas de treinta libras. El emperador que con justa causa miraba como sospechoso el juramento de un avaro, mandó abrir el tesoro, en el que encontra-

ron tres mil trescientas libras de oro en vez de las treinta; y de esta suma exorbitante para un obispo, mandó distribuir al clero todo lo que era suyo, repartiendo lo restante á los pobres. Espulsaron de su silla al prelado perjuro, é impusieron al sucesor la obligación de pagar al príncipe una suma anual (1).

Temiendo Miguel que la enfermedad que padecía, además de atacarle á la razón le quitase la vida, sintió vivos remordimientos de sus crímenes, por lo que renunció el cetro en el año 1041, y se retiró á un monasterio donde murió con el hábito monástico el día 10 de diciembre del mismo año. Véase Zoe por este medio libre del eunuco, que reinaba verdaderamente bajo el nombre de su hermano el emperador. Esta muger, no menos ambiciosa que disoluta, hubiera querido conservar ella sola el poder que acababa de recobrar; pero no conformándose entonces las disposiciones del pueblo con las suyas, adoptó por hijo á un sobrino de Miguel el paflagon, llamado también Miguel, y por sobrenombre Calafate, á causa del oficio de su padre Esteban que había sido calafateador de navíos. Cuatro días después de la muerte de su tío, dispuso Zoe que le proclamasen emperador, y no juzgando que su autoridad estaba bastante asegurada por la humildad del ministro que había elegido, le obligó á que la prometiese con los mas terribles juramentos que toda su vida la respetaría como á su madre y señora y que no haría mas que ejecutar sus órdenes.

No obstante, como el emperador depositó después toda su confianza en su tío Constantino, y temía morir como sus predecesores á manos de Zoe, la desterró á la isla del Príncipe. Quiso luego justificar en público su conducta, pero irritados los ciudadanos, le llamaron ingrato y perjuro, y ya

(1) Cedr. pag. 740.

que no podían restablecer de pronto á Zoe en el trono, proclamaron emperatriz á su hermana Teodora. Miguel y Constantino se refugiaron al monasterio de Studio, de donde los obligó á salir el pueblo y, sacándoles los ojos, los desterró (1042). Habiendo regresado Zoe á Constantinopla, quiso reinar por sí sola; pero el pueblo la obligó á tener por compañera á su hermana, siendo aquella la primera vez que se vió el imperio entregado á dos mugeres, cuya novedad no duró dos meses; pues Miguel Calafate fué depuesto á 21 de abril, y Constantino Monómaco fué reconocido en 11 de junio siguiente. Los historiadores que dan tres meses de duración á este reinado de las mugeres, se equivocaron á causa del método de los griegos, quienes cuentan por meses enteros ó completos aquel en que principia el suceso y aquel en que acaba. No obstante Zoe con sus artificios y con sus liberalidades, que rayaban en el extremo de la profusión, logró tener siempre mucha mas autoridad que Teodora. Empero como una y otra mezclaban con los asuntos mas serios las diversiones frívolas de su sexo, conoció el pueblo que eran incapaces de gobernar. Dedicáronse especialmente á hacer perfumes, y parecía que en su reinado era esta la función principal de la soberanía. Luego que la altiva y viciosa Zoe llegó á una edad avanzada, incurrió en todas las pequeñeces de una devoción supersticiosa. Honraba á una imagen del Salvador que había adornado ella misma con un esmero pueril, la saludaba con familiaridad, la hablaba en alta voz como á una persona viva y ordinaria, y algunas veces vertía delante de ella un torrente de lágrimas que corrían á su arbitrio, y servían para que sus viles aduladores la llamasen santa.

Conoció, por último, la necesidad de nombrar un emperador. Había tenido por amante á Constantino, llamado Monómaco,